

—¡Adios, bella roca italiana, fiel baluarte de nuestros Alpes. No te veremos más; pero estarás siempre á nuestra vista y la de nuestros hijos y los hijos de ellos, guardian inmóvil y magnífico de nuestra independencia y nuestro honor. Esfuérzate todavía y continúa dilatando tus miembros, como un adolescente titán. Y cuando llegue el día de la prueba, será para tí un día de gloria espléndida y pura, como la nieve de tus montañas bañadas por el sol de primavera, tu nombre será sagrad para la patria, y de todos los corazones de Italia, se elevará el grito de gratitud á bendecir las piedras de tus murallas y la sangre de tus defensores.



MANUEL FILIBERTO EN PINEROLO



## MANUEL FILIBERTO

EN PINEROLO



OMBRIASCO, (el señor Juan Bautista) notario de Pinerolo, buen cristiano, pobre de clientes y de fortuna, pero correcto en sus negocios, honrado hasta la sencillez, patriota de corazón, con una ligera capa de latin, y todavía fuerte y florido, aunque bajase ya de la montaña de sus sesenta años, manifestábase lleno de gloria cuando se podía mostrar, en el balcon de su casita de la plaza de San Donato, en compañía de don Enrique de Benavides, noble catalan, cliente suyo.

Y ni siquiera pasaba por su mente el pensamiento de que los malignos pudieran atribuirle el interesado propósito de convertir en yerno á su cliente.

—”No lo obcecaba hasta ese punto su vanidad

de padre, que á tal matrimonio pudiera dirigir sus esperanzas.”—

Así afirma (y yo lo creo), un viejo cartapacio amarillento, lleno de raspaduras, con el cual, un sobrino del notario, creyó legar á la posteridad *un caso muy admirable* acaecido en su familia; cartapacio que durmió por más de tres siglos bajo otros muchos papeles apenas descifrables, en medio de las actas consulares de la ciudad de Pinerolo.

El noble Enrique de Benavides, que vino allí desde Gerona por la intrincada cuestion de una herencia, dejada por un pariente de su madre, coronel francés, apellidado, no se comprende si Mortier ó Mornier, de guarnición en Pinerolo, había confiado la gestion de su negocio al notario Lombriasco, por la reputacion de hombre integérrimo de que gozaba. Pero hubiera podido atestiguar á la ciudad entera que un mes y aun más, despues de la primera entrevista, y cuando ya entre ellos se había establecido cierta franqueza, el delicado Notario todavía no le había dicho palabra acerca de su familia.

Las relaciones habían nacido por puro accidente. Un día que Benavides aguardaba en el despacho notarial, la señorita Evelina, segura de encontrar solo á su padre, entró alegremente de un

salto, llevando desplegada una lámina que representaba la batalla de San Quintín, lámina por largo tiempo deseada y que acababa de llegar por el correo.

Apénas vió á aquel señor desconocido, hizo ademán de retirarse murmurando excusas; pero habíase detenido, como enclavada de maravilla y gozo, cuando el señor catalán, habiendo leído de pasada el vistoso título de la lámina, dijo en tono de delicado respeto y con mucha sencillez:

—¿Representa la batalla de San Quintín, señorita? Yo he estado en ella.

\*  
\* \*

De este modo había trabado Benavides conocimiento con la familia, y desde aquel día cada vez que salía del despacho del Notario, atravesaba el corredor para saludar á la señora y á la señorita, con las cuales conversaba á menudo. La señora, ya toda cana y enferma siempre, no abría la boca más que de tarde en tarde, con triste sonrisa, un poco avergonzada de no saber hablar italiano, que Benavides poseía muy bien, "aunque—dice el manuscrito—pronunciando al modo de los españoles." La señorita, en cambio, interrogaba continuamente y el objeto de sus preguntas era siempre el mismo.

Como todo piamontés de aquel tiempo, al cual no faltasen el sentimiento de la altivez y el del amor á la patria, ella sentía una afectuosa, profunda y apasionada admiración por Manuel Filiberto.

Nacida bajo la dominación extranjera, de la cual había podido ver desde la infancia, los desastrosos

efectos; educada por su padre, un poco corto de genio pero de ánimo generoso, en la piedad y el amor á su país oprimido, desmembrado, empobrecido por españoles, suizos y franceses, accesible por nobleza innata á grandes entusiasmos, había empezado por venerar al Duque de Saboya á la edad de diez años, cuando vió á su ciudad emocionada de gozo al fulgurante anuncio de la victoria de San Quintin.

Y su juvenil veneración por aquel Príncipe glorioso que, desde los confines de Picardía, hacía brillar como una esperanza su espada vencedora, á los ojos de la patria lejana, había ido creciendo en su corazón, con el agigantamiento de aquella gloria, hasta llegar á vivir de aquel afecto y de la fé de ver entrar un día en su ciudad libertada y piamontés al gran Duque de Saboya.

Su padre recordaba haberle visto en Niza en 1535 un año antes de la caída de Pinerolo, en compañía de Aimón de Génova, barón de Lullino, su protector, cuando solo tenía siete años y le llamaban el *cardenalito*, por estar destinado al sacerdocio y lo describía: era pequeño, flaco, de aspecto noble y pensativo. Pero no podía dar otro pasto á la curiosidad ardiente de la muchacha, deseosa de minuciosos detalles acerca del Capitán, el Soberano y el hombre; y por esto asediaba con preguntas, tímidas, pero

repetidas al bienvenido extranjero', haciéndose re-  
prender á menudo por su madre, á la cual parecía  
poco conveniente para una muchacha y ménos res-  
petuoso para un hidalgo aquella interrogacion per-  
pétua.

No, á ella no le parecía posible que aquel señor,  
con el cual hablaba, hubiese visto y oído hablar á  
Manuel Filiberto á pocos pasos de distancia, sobre  
aquel famoso campo de batalla, donde había tenido  
en su mano y decidido la suerte de España y de  
Francia, cogiendo en formidable red todo el podero-  
so ejército del Condestable de Montmorency.

A Dios gracias, no por eso dejaba de ser cierto.  
Benavides, oficial á los diez y ocho años, había for-  
mado parte del séquito del Baron de Brederode,  
muerto en San Quintin; había sido testigo del  
acto soberbiamente valiente del Duque, cuando en  
la mañana del diez de Agosto, ocultando en su  
coraza, sin leerlas, las relaciones de los generales  
que estaban á su alrededor, aconsejándole que no  
trabara batalla, levantando la espada:—¡Tocad á  
asalto!—gritó al trompeta: le había visto correr,  
arrastrando su caballo el vientre por el suelo,  
en ayuda de los Condes de Egmont y de Pande-  
veaux, que estaban en peligro de ser copados;  
hubiera podido dibujar punto por punto, su ar-

madura y sabía imitar perfectamente su pronun-  
ciacion española que se resentía más del francés  
que del italiano.

Pero ¿cómo era á los veintinueve años el Duque  
Manuel Filiberto? ¿Cómo se movía? ¿Cómo miraba?  
¿Qué voz tenía? Y Benavides tenía que repetir por  
décima vez las mismas cosas.

De estatura regular, sano y bien formado, cabeza  
escultural, rubios cabellos un tanto encrespados,  
ojos azules agudísimos y chispeantes como puntas  
de espada, barba escasa y corta, pecho ancho y  
saliente, atléticos brazos, piernas ligeramente ar-  
queadas, voz, paso, gesto de hombre nacido para  
mandar, para combatir y para ser más temido que  
amado, y una gracia maravillosa en sus maneras  
y movimientos.

Nadie había visto jamás sobre el campo de bá-  
talla un caballero más principescamente soldado  
que él. Despierto y armado ántes del alba, infa-  
tigable, enemigo de la inmovilidad como de una  
tortura, parco de palabras, firme en sus propósitos,  
refrenaba los ímpetus de cólera mordíendose los  
labios hasta hacerse sangre, daba con una mirada  
ó una palabra, elogios que embriagaban el alma,  
órdenes que infundían fuerza en las venas y re-  
proches que hacían temblar los huesos.

Era terrible, pero justo y á menudo revelaba, en actos secretos de clemencia, la bondad que nunca dejaba escapar de los labios. Quien lefa en su alma le amaba, tímidamente, pero con obstinado cariño. Era instruido: conocía el alemán y el flamenco; hablaba español, italiano y francés; sabía latin, estudiaba historia, se ocupaba de ciencias.

Los ejércitos que le habían puesto el apodo de *cabeza de hierro*, lo veneraban tambien como ilustrado. Los españoles le llamaban *el sábio*.

—O entregará el alma sobre el campo de batalla—decían—ó levantará la monarquía de sus padres.

Desde que bajo los muros de Ternaux, con un apretón de su implacable mano, había disciplinado en un día el tumultuoso ejército de Carlos V, todos presintieron vagamente que Dios le enviaba para realizar grandes empresas. Y cuando pasaba á caballo por los campamentos en medio de aquellos atrevidos regimientos españoles y flamencos, no prorumpían en aclamaciones y vivas, que él no amaba, pero hacían á su alrededor un grande espacio y profundo silencio en que se sentía el ruido de su armadura y la respiración de su caballo, y mil atónitas miradas acompañaban su blanco penacho hasta que desaparecía entre las tiendas lejanas.

—Un noble Príncipe, *verdaderamente*—concluía Benavides.

—Si España debe bendecirlo, el Piamonte puede adorarlo.

La señorita oía inmóvil, sonriendo para ocultar su emoción, y jugueteando con sus dedos largos y sonrosados, con la bolsa y las tijeras que pendían de su cinturón de cuero; y por las noches, cuando estaba sola en su habitación, levantaba la lámpara á la altura de una pequeña lámina, con el retrato del Duque, y le decía ingenuamente con voz ardiente y trémula, aquello que su corazón le dictaba.

—Tú volverás á la patria, Manuel Filiberto ¿no es verdad? Tú te harás restituir tu fiel ciudad que no te ha visto nunca, pero que siempre te ha amado é invocado. Tú piensas en nosotros, tú pensastes siempre y quieres á cualquier precio á tu Pinerolo, aunque hayas de conquistarla con la espada ¿no es verdad, mi valeroso, noble, magnífico Príncipe, gloria de nuestra sangre y esperanza del país?

Y estaba tan hermosa en aquel momento, envuelta en su traje de lana oscura, con su gorguera de muselina que se levantaba en forma de abanico por detrás de la nuca, con el rostro un poco echa-

do hacía un lado, y tan grande, tan rubia y tan espléndidamente graciosa, que si el Duque de Saboya la hubiera visto, hubiera propuesto sin vacilar un instante una nueva dama de honor, á Margarita de Valois.

\*  
\* \*

Aquella adoracion por Manuel Filiberto, constituía el tormento de un su primo, Antonio Lombriasco, que pasaba la práctica de notario en el estudio del padre, haciendo al mismo tiempo, y no con más provecho, el amor á la hija.

El sobrino cronista se permite muchas bromas con él, burlándose algo pesadamente, á la manera de los novelistas de su tiempo. Lo define: "jóven de vasto entendimiento y de ánimo pueril," añadiendo poco despues "de aspecto risible." Parece que era un medio hombre estenuado y nécio, con gran nariz roma. Persuadido de que el Duque de Saboya fuese el único motivo por el que su prima rehusaba, como molesto homenaje, su jóven corazon notarial, había llegado á odiarlo como rival y enemigo. Aquel nombre de Manuel Filiberto le daba tres patadas en la boca del estómago cada vez que lo oía pronunciar, y San Quintin era para él el santo más infausto del almanaque.

Al principio, para congraciarse con la señorita, había fingido también una profunda admiración por el Duque é intentado ponderar los elogios cada vez que delante de él se entonaban. Pero lo hacía de tan mala gana, con voz tan ingrata, que en vez de penetrar en su corazón con aquel artificio, había logrado que le tomara más odio que en un principio. Y entonces cambió de registro, é imaginó por un instante que podía desbancar y abatir á su rival, royendo poco á poco con los dientes de la crítica, su grandeza y su gloria.

—Al fin de cuentas, la batalla de San Quintín la ganó con un ejército español; la victoria de Gravelinas, era mérito principal del Conde Egmont; el Piamonte se encontraba siempre en pésimas aguas; Astí y Santhia estaban todavía en poder de los españoles; el *gran* Duque no había hecho triunfar su razón contra Génova, ni tomado á Francia Pinerolo, Savigliano y Perossa; era ciertamente un Príncipe *considerable*, pero no se le podía llamar aun *grande hombre*: era preciso aguardar los acontecimientos.

Pero la señorita lo reprendía terriblemente.

—¡Callad! —le decía apretando los dientes, coloreada por la ira, haciendo silbar con el sonido de una espada que hace el molinete, su rápido y vigoroso dialecto sub-alpino. —¡La vuestra es la más insen-

sata y la más infcua de las ingratitudes! Desde niño se ha consagrado todo á su patria; por nosotros ha ido al destierro; heredó un país á retazos y girones, y lo ha convertido en un Estado. El es quien ha rescatado á Turin, Chiero, Chivasso, Villanova, Saboya, las provincias de Génova y de Chiabrese; él es quien ha fundado el ejército; él quien ha levantado las fortalezas; él quien ha construido las galeras que vencieron en Curzolari; él quien ha ordenado los Estatutos, restaurado el Erario, reanimado los estudios, levantado la dignidad nacional y encendido de nuevo el amor á la patria.... ¡tonto!

La última palabra había sido más bien pensada que dicha; pero el pobre primo que la adivinaba se enfurecía. Y entonces, durante algunos días buscaba otro camino: la cosa más ridícula del mundo, cierta imitación de admirador, ó más bien, un remedo de ciertas costumbres y cualidades exteriores del Duque. Se levantaba pronto, iba á jugar á la pelota en los torreones para fortificar los miembros, desdeñaba tener ningún cuidado por la salud, rumiaba grandes pensamientos y hablaba en monosílabos. Y durante algún tiempo la tentativa no le fué mal.

Pero, después, á lo mejor, la arruinaba un diálogo de esta especie:



La señorita preguntaba:

—¿Cómo está la calle?

El respondía:

—Hay barro.

—Pero parece que el tiempo mejora.

—Así parece.

—¿Podremos ir mañana á la Abadía?

—Tal vez.

—¿Crecis que habrá mucha gente?

—Lo creo.

Una franca carcajada de la prima, le advertía despiadadamente que su juego estaba descubierto, y avivaba en su corazón un odio rabioso contra *Cabeza de hierro*.

Encontró por fin el lado vulnerable del Duque y de la muchacha; censuraba al Duque como marido, señalando vagamente á sus amantes, una señora de Vercelli, una Doria, una Beatriz Langosco; y decía saber de muchas más, de las que en rigor no sabía ninguna. Ante aquella salida, la señorita se encogía de hombros, pero arrugando el entrecejo é inclinando la cabeza, y respondía:

—Eso interesaba á la Duquesa.... si es verdad.

Mas quedaba una espina en su corazón, y no

se serenaba hasta que escuchaba la voz de Benavides, que le presentaba al héroe saboyano, á la luz pura de su gloria.

\*  
\* \*

Pero no era posible que una señorita piamontesa apasionada por Manuel Filiberto, óyese hablar largo tiempo de su ídolo á un apuesto caballero catalán, de treinta y cinco años, sin que naciese en su corazón, como retóño de la pasión antigua, una nueva simpatía.

Benavides había perdido, hacía pocos meses, la madre que adoraba. Su tristeza, juntamente con la natural gravedad catalana, la palidez marmórea de su cara de facciones regulares, todavía más pálida por el contraste de la cabellera de negro oriental y una barba poderosa que subía hasta la mitad de las mejillas, y le invadía el cuello la graciosa dignidad de sus maneras y acciones, su voz robusta y melodiosa infundieron poco á poco cierta dulce timidez en su corazón.

Tenía una extraña belleza aquel extranjero. Era un coloso, con la ligera elegancia de un jovencillo; sus ojos relampagueaban y su voz acariciaba:

tenía la musculatura de Hércules y no se percibía el ruido de sus pasos.

Pasados los primeros días, cuando se presentaba en el dintel de la puerta, que llenaba su figura y permanecía un momento inmóvil con la capa sobre el brazo, inclinando la barba sobre el cuello de encaje de Venecia, que se ensanchaba sobre la cotilla negra, Evelina experimentaba una sensación nueva y casi dolorosa, como dos pequeñas alas que se agitaran rápidamente dentro de su seno. Y entonces se indignaba contra sí misma.

El pensamiento de la diferencia que entre ellos había, de fortuna, nombre, familia, de todo, le hacía someter las fuerzas rebeldes de su orgullo de mujer; de aquel orgullo que sofoca y oculta como una vergüenza el afecto sin esperanza, sobre el cual podía caer la acusación de ambición impudente é insensata.

Benavides, por su parte, con la delicada reserva que en aquella casa le imponía la superioridad de su estado y su edad todavía juvenil, es coadya, de propósito también, aquel natural sentimiento de tranquila simpatía que la muchacha le inspiraba y que á todo hombre es permitido expresar ó dejar adivinar por cualquier mujer.

Su aspecto y sus maneras no significaban más

que delicadeza seriamente respetuosa, que hubiera hecho imposible toda ilusion, aun en el cerebro de una señorita ménos sensata y ménos digna que Evelina.

El catalan tenía el aspecto de visitar aquella casa por cariño á la buena gente que la habitaba y no por otra causa. Estaba triste: no sonreía nunca: dejaba interrumpida la conversacion cuando no se le interrogaba. Pero por fortuna para Evelina, el tema de las conversaciones era inagotable. Desde el día en que Manuel Filiberto, muchacho todavía, se había arrodillado ante Carlos V en Génova, suplicándole le llevase consigo á la guerra de Argel, hasta el año que corría, 1574, había treinta y dos años de la vida del Duque que recorrer, treinta y dos años llenos de aventuras de epopeya y de novela, acerca de los cuales, Benavides, relacionado con muchos personajes españoles de la córte y del ejército, sabía mil detalles preciosos, conocidos solo de poquísimas personas.

Hablaban de la deplorable estrechez en que se encontraba el Duque al tiempo de su primer viaje á Alemania, de su vida de campaña cuando mandaba, á los diez y nueve años escasos, la caballería flamenca y borgoñona contra la liga de Smalcal-

da, y de la celosa envidia tomada contra él por Felipe II despues de la batalla de San Quintin y de sus aventurados viajes cuando volvía á sus propios Estados y los recorría, disfrazado como vagabundo conjurado, con la angustia en el corazón.

Y cuando parecía que lo había dicho todo, ingeniosas preguntas de la muchacha traían otros detalles á su imaginacion y le hacían contar cosas nuevas.

Un día contaba, cómo había salvado á Barcelona de un desembarco nocturno de franceses; describía otro día su costumbre de golpear la guarnicion de la espada cuando se impacientaba, de modo que todos los circunstantes miraban temblando su mano izquierda; tambien una noche imitó con la pluma la enorme y extraña firma del Duque que parecía hecha á puñaladas, adornada con un anchísimo rasgo negro inclinado, parecido al asta de una alabarda.

Y el alma de Evelina brillaba en sus ojos á aquellas noticias, y á cada nuevo detalle prorrumplía en una viva exclamacion; despues permanecía un momento pensativa, como para escuchar dentro de sí el eco de aquella voz que había hablado. En aquellos momentos tenía los ojos fijos en el sombrero de

fieltro negro de Benavides, colocado en el respaldo de una silla, alrededor del cual, flotaba una pluma negra de avestruz, sujeta delante por medio de una pequeña sortija de oro con piedras: un recuerdo de su madre muerta.

\*  
\* \*

El único que conseguía hacer sonreír algunas veces á Benavides era el viejo Lombriasco con sus tiradas de política internacional.

Desde que recibiera el honor de aquella noble clientela española, se la daba de gran partidario de España: esto hería el delicado sentido de la muchacha, la que recordaba haberle oído muchas veces hablar con altas declamaciones contra el monstruo insaciable que devoraba la Lombardía desde Sessia al Adda, los reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña y las guarniciones toscanas y á quien Dios confunda.

Pero el notario no se preocupaba malgita la cosa de los escrúpulos de la muchacha:

—España, queridas—exclamaba volviéndose hacia la mujer y la hija, pero mirando con el rabillo del ojo al cliente,—hé ahí nuestra aliada natural, necesaria, perpétua. *Nuestra amiga*—añadía en castellano.—La protectora natural de los Duques.

¿Quién adivinó el genio guerrero de Manuel Filiberto, sino Carlos V? ¿Quién sino Felipe II le proporcionó los medios de conquistar gloria y poderío en beneficio de su país? ¿Quién impuso en el tratado de Cambray la restitucion del Piamonte, con la amenaza de empezar de nuevo la guerra? La corte de Madrid, en fin, no abandonó del todo á Carlos el Bueno; tomó su parte, pero sin violencia. Podía decirse que *usurpaba* más por necesidad que por ambicion. Empujábanle los florentinos, venecianos y genoveses con sus ternuras francesas, manifestas ó encubiertas. Eran solo desahogos del despecho, celos del coloso que tenía deseos de ser libre para poner lo de arriba abajo y trastornar el mundo con su ambicion loca.

Naturalmente, el Notario no podía sufrir á Francia: en esto era sincero. ¡Ah, sí! La presencia de un francés le llenaba de coraje. Pero en realidad, aquella su aversion furiosa derivaba tambien en parte de un rencor privado; del hecho de que, habiendo sido años atrás del *Coasejo de Ciento*, y vanagloriándose de ello sobre manera, le ofendió mortalmente un juego de palabras injurioso de un oficial francés que, con ocasion de un litigio trabado entre el Consejo y el Senescal del Rey, tuvo la llaneza de decir:

—*Ce n'est pas un Conseil decent.*

Esta gracia la tuvo atravesada en el estómago años y años y volvía á su garganta de vez en cuando.

—¡El Consejo de Ciento!—exclamaba en los días de mal humor, gesticulando vivamente detrás de la vidriera, cuando veía pasar por la plaza un oficial francés.—¡Ah! Vuestra famosa monarquía estaba todavía en mantillas, cuando el Consejo de Ciento era ya talludo, fuerza y decoro de Pinero, Asamblea legislativa, Magistrado supremo político, respetado en toda su autoridad por cuantos pasaron entre nuestras murallas, prelados, marqueses de Sussa, Príncipes de Acaia y Condes de Saboya. *¡Ce n'est pas un conseil... decent!* Pero lo habeis debido respetar tambien vosotros, ilustres amos, y será respetado todavía cuando no exista siquiera semilla de los Valois y Anjou.

¡Creedlo!

Y si, por casualidad, el oficial francés se volvía á mirar á la ventana, él, como prudente padre de familia, se retiraba de la vidriera y continuaba desahogándose en medio del cuarto.

Pero nunca estaba tan gracioso como cuando satirizaba al sobrino, del cual conocía la ridícula pasioncilla y la cómica imitacion del Duque. Decía haberlo sorprendido lavándose la cabeza con aguardiente para fortificarla y le llamaba *Cabeza*

*de Hierro*, dándole golpes con la mano en la nuca, como para probar á qué grado de dureza había conseguido elevarla. El jóven, con esto, se enfurecía y poníase colorado, hasta el punto de parecer que la sangre brotaba de su cara.

\*  
\* \* \*

Benavides, en tanto, iba notando poco á poco secreta complacencia en hacer vibrar, con su palabra, aquella alma hermosa, tan juvenilmente enamorada de las cosas grandes. Sin darse él mismo cuenta, preparaba de antemano ciertas frases é imágenes que le parecían más eficaces para deleitarla y hacer palpar su corazón.

Una contracción, como de llanto infantil, ligera y dulcísima que notó en su rostro la noche en que le describía el acto, regíamente delicado, en que Manuel Filiberto acariciaba la frente del Conde de Siegelberg, herido de muerte, había quedado profundamente impresa en su alma durante varios días.

¿Cómo había nacido aquella alma pura en casa tan humilde, entre gentes de la clase media, y en medio de una ciudad dominada por extranjeros, en la que nada había sucedido en tantos años que pudiera conmover y levantar los espíritus?

Su misma figura, no recordaba en nada al padre ni á la madre, y contrastaba, por mil conceptos distintos, con toda la gente y todas las cosas que había á su alrededor. Era aquella una verdadera nobleza, estampada por Dios en su alma y sobre su frente.

Ciertamente que no sentía ningun amor por ella. Tan solo su voz le producía singular ilusion: le acompañaba á veces por la escalera, le seguía por la calle; la escuchaba, ora como eco lejano, ora como nota suelta que sonaba de repente á su oido y á menudo parecía que llenaba por algunos instantes todo el cuarto, como la vibracion prolongada é igual de una cuerda sonora. Y entonces le parecía que volviéndola á ver, sentiría la necesidad de soncirla y hablarla con cortesía más familiar y afectuosa de la que había empleado con ella hasta entonces. Pero cuando se encontraba de nuevo en [el seno de la familia, al verse rodeado de tan profundo respeto, considerado casi como criatura de otra raza, hasta el punto de que no se hubieran atrevido á salir de las acostumbradas conversaciones por temor de parecerle demasiado atrevidas, entónces se encerraba en sí mismo, imponiéndose mayor reserva que ántes y casi reprochándose por el deseo que había experi-

mentado de dar un paso adelante en aquella amistad.

Una noche, la señorita le recomendaba su Pinerolo, con gracia tan tímida y afectuosa, con palabras tan amablemente ingenuas, que tuvo que hacer violento esfuerzo para no contestarle en el mismo tono.

—Vuestra señoría—le decía la muchacha sonriendo y cruzando los dedos de sus lindas manos,—vuestra señoría debía persuadir á su gran Rey para que restituyera Asti y Santhia al Duque, y entonces Francia nos devolvería Savigliano y Pinerolo, y nosotros volveríamos á ser piamonteses. Me parece que el Rey Felipe debe comprender que no habrá nunca paz mientras el Piamonte permanezca tan dividido y expuesto á todos los peligros. Dirá vuestra señoría, que al Rey de Francia toca dar el primer paso..... ¡lo comprendo! Pero continuando de este modo...., ¿No parece natural que el primer paso lo dé el más fuerte que es el que ménos tiene que temer? Cuando el Piamonte estuviera todo unido, ahora que cuenta con España, también estaría más segura Lombardía, ¿no es verdad? en tanto que Francia, mientras tenga á Pinerolo, puede bajar al Estado de Milan con muchos soldados, cuan-

do le plazca. ¡Ah, señor! Yo no soy más que una pobre muchacha; pero daría toda mi sangre por oír en Pinerolo el sonido de las trompas de nuestro ejército, y ver enarbolar sobre el castillo nuestra hermosa bandera, que jamás he visto.... ¡verla una sola vez! ¡un momento sólo, Dios miol

Y permaneció un momento con las manos cruzadas, mirando hácia la plaza, con los ojos húmedos, con gesto que infundía vivo deseo de arrancarle un beso.

Benavides tardó un momento en contestar. Después, con el acento benévolo de un hermano:

—Todo os será devuelto, señorita—le dijo.

La señorita podía estar segura de que las negociaciones para la libertad de Pinerolo estaban en buenas manos. Debía saber que Manuel Filiberto llamaba á Pinerolo y Savigliano *las puertas de mi casa*, y les tenía por encima de todos sus pensamientos. No podía hacerse aguardar la restitucion. Carlos IX, enfermo, herido por el remordimiento, esputaba sangre hácia mucho tiempo, y moriría dentro de pocos meses. Su sucesor, el Rey de Polonia, encontraría Francia en tal estado, vería tan claramente la imposibilidad de intentar nada útil en muchos años á esta parte de los Alpes, que para quitarse de encima la

inquietud y los gastos de la ocupacion, les devolvería ambas ciudades espontáneamente.

—Catalina de Médicis—concluía,—será la primera en aconsejárselo, para quitar las armas de la mano á los propios enemigos. Y entonces, señorita, oíreis sonar en la plaza San Donato las trompas del ejército ducal... sin necesidad de dar *vuestra preciosa sangre*. El corazón me dice que esto sucederá mucho antes de lo que podeis creer. Yo ya no estaré aquí; pero aunque en país lejano, gozaré en ello con toda mi alma.

Apenas dicho esto, quedó maravillado del imprevisto sentimiento como de triste soledad que el sonido de sus últimas palabras había despertado en su corazón; y aquella misma noche, la señorita sintió cierta opresion en su alma, deseos de llorar sin saber por qué, una gran tristeza que la hizo permanecer sentada sobre su cama por mucho tiempo, con el codo apoyado en la almohada y hundida la mano en sus cabellos rubios.



\*  
\* \*  
\*

Pasaba aquel día alguna cosa extraordinaria.

Para nadie era misterio que, fieles negociadores del Duque habían hecho varias veces, en poco tiempo, el viaje de Turin á París, y que entre la corte ducal y el Gobierno de Madrid se trataba de nuevo, con insólita alegría, la antigua cuestion de la devolucion de la ciudad. Los mismos oficiales franceses de la guarnicion, entre los que Benavides tenía algunos conocidos, hablaban, no precisamente de la restitution, sino de la "concesion gratuita" de Pinerolo, como de un hecho fácil y próximo, y por cierto que no se dolían, porque tampoco para ellos era agradable estar así con un pié en el aire, en una ciudad fronteriza, con la incertidumbre del mañana y rodeados de gente que suspiraba, sin esconderse, por su partida.

La ciudad se animaba: sobre todo los jóvenes y las mujeres, se alegraban en extremo. Pero

los viejos, incrédulos, movían la cabeza. Tambien en 1562, en tiempo del convenio de Fossano se había esperado, y la esperanza duraba ya doce años.

—Es inútil,—decían;—hemos nacido bajo planeta aciago. Pinerolo irá á la cola; han de pasarle delante hasta la última aldea de Monferrato.

¡Ya sería tiempo, sin embargo, por el alma de San Donato! En aquellos treinta y ocho años de dominacion extranjera, aquel pobre país tratado como territorio militar, sujeto á mil perjuicios, descuidado por el Gobierno para todo lo que no se refería á la defensa, amenazado cada día con la guerra, había caído en espantosa miseria. Muchos edificios de Pinerolo habían sido destruidos para estrechar el cerco amurallado. La poblacion del campo estaba diezmada. La industria y las artes estaban por los suelos. La inquietud, la incertidumbre en todo, apartaba la gente del trabajo, desviaba á las familias del ahorro, desanimaba á los particulares pudientes de toda empresa útil, y la infelicidad del país se sentía aun más dolorosamente por efecto de la comparacion que se hacía con las demás provincias de Piamonte, las cuales se iban rehaciendo rápidamente bajo la sabia y vigorosa administracion del Duque de Saboya.

Además,—bien lo veían los ciudadanos ilustrados,—aquella dominación francesa, ni violenta ni suave, aquel tirar adelante hasta el cansancio de una vida ambigua y bastarda ni de franceses ni de italianos, desnaturalizaba el carácter del pueblo, enervaba su virilidad y relejaba su conciencia. Otros pocos años de aquel estado y todo estaría corrompido. A cada nuevo rayo de esperanza temblaba la ciudad de deseo y de impaciencia. Pero aquella vez también, pasada la primera conmoción, los días seguían á los días y nada sucedía.

A cada llegada del correo de Turin ó de Francia, se esperaba durante veinticuatro horas, el gran anuncio: á cada reunión extraordinaria del Consejo de Ciento esperábase la lectura solemne del mensaje del Rey ó del Duque: "Los consejeros—decía el cronista—eran preguntados, por donde pasaban, si habían llegado buenas noticias de Turin relativas á la restitución de la ciudad." Pero no llegaban nunca.

Y aquel torpe enamorado de primo, continuaba metiendo gran ruido en odio á Manuel Filiberto. Proseguía en su bienaventurada ilusión de no tener otro rival que el Duque. Bien es verdad que, á manera de relámpago, había brillado un momento en las tinieblas de su cráneo, la idea de que el noble ca-

tan entrase por alguna cosa en el asunto; pero la idea de tener un rival de aquella especie, presente, vivo, fulgurante, con el que toda lucha sería imposible, infundía tal espanto en su corazón, que la había arrojado pronto, violentamente, como insensato desvarío; y continuaba pinchando y rajando contra el vencedor de San Quintin.

—Con las armas—decía á Evelina—se ha de reconquistar á Pinerolo, con las armas, como hacen los grandes capitanes, y no con negociaciones y palabras. ¡Bien ha adelantado en su trabajo el buen Duque, en doce años! ¡Ahora nos encontramos peor que nunca!

—¡Evelina!—añadía después enfáticamente y en voz baja.—¡Yo sería más grande que él si me amases!

Pero quedaba petrificado al ver que la prima no había oído el pinchazo ni la terneza. Hacía ya dos días que andaba distraída y taciturna; sobre su frente blanca pesaba como la sombra de un pensamiento doloroso y sus bellos ojos azules parecían hinchados por el llanto. El buen notario Lombriasco, dos noches ántes, estando en la mesa, había exclamado de improviso:

—¡Bendito sea el cielo! Por fin han llegado aquellas dichosas cartas de Girona y París. Den-

tro de pocos días todo estará arreglado, y nuestro ilustre y amadísimo Don Enrique de Benavides y Ceballos podrá volver á su Cataluña... cargado de cuartos.

\*  
\* \*

Pero hé aquí, una despues de otra, como cañonazos, las noticias de la muerte de Carlos IX, el mensaje de Catalina de Médicis á la Corte de Saboya, el viaje de Manuel Filiberto á Venecia, y la más maravillosa de todas: la venida de Enrique III, nuevo Rey de Francia á Turin.

La señorita se entrega por entero á aquellos sucesos y se reanima en ella la pasión antigua, apareciendo por algun tiempo más sonrosada, más alegre, y más hermosa que nunca.

¡El Rey de Francia en Turin! ¡Ah, no podía suceder otra cosa!

—Si Enrique III—decía—vive solo tres días con el Duque Manuel Filiberto, es imposible que no le devuelva Pinerolo. ¡Le dará todo lo que quiera: estoy tan segura como de la luz del sol!

Y hé aquí otra noticia inesperada: el Duque de Saboya acompaña al Rey de Francia á Lyon con 50.000 infantes y 400 caballos. Era una idea